

vier Prado, Alejandro Deústua, Mariano H. Cornejo, Felipe Barreda Laos, José de la Riva Agüero, presentados todos ellos, a semejanza de los autores antes citados, con considerable acopio de datos.

Después de la lectura de estos seis volúmenes, nadie podrá dejar de reconocerlos como lo más completo, serio y profundo que se ha escrito en los últimos años acerca de la cultura peruana.—
Manuel Mejías Valera.

<https://doi.org/10.29393/At343-344-21REJL10021>

“RETORNO”, de *Manuel de Castro*. Ediciones Salamanca, Montevideo, 1951

Manuel de Castro es un poeta vastamente conocido en los círculos literarios uruguayos y si no lo es del mismo modo en los de Chile, se debe únicamente a la vida literaria isleña que se hace entre la mayoría de los países americanos —con las honrosas excepciones de Venezuela y Colombia, a través de los desvelos editoriales de sus respectivos Ministerios de Educación—, para mal del conocimiento que debería existir del desarrollo cultural y artístico de cada nación.

Por ello también sólo llegamos a apreciar —si no somos incansables en el hurgar de revistas y publicaciones— a aquellos que sobresalen y que representan únicamente el estrato superior de los consagrados.

Manuel de Castro ha obtenido con *Retorno* el Premio de Poesía del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay. Antes de publicar tal obra, ha escrito: *Lámpara* (1941), *Meridión* (1946) y *Pregón a Manolete* (1950). Débensele también dos novelas: *Historia de un pequeño funcionario* (1930) y *El padre Samuel*, editada por primera vez por Ercilla (1938). Agotada dicha edición, Manuel de Castro ha tenido la gentileza de hacernos conocer la segunda: Ediciones Pauta, Montevideo, 1950.

Al leer *Retorno* nos encontramos con un poeta que acoge ri-

ma, ritmo y formas poéticas que otros desdeñan y consideran anacrónicas. Hay en el libro, por ejemplo, doce sonetos, abundantísimos para la exigua proporción del libro.

En Manuel de Castro nada de estridencias, nada de airadas voces; el poeta se ha recogido en la caracola de su canto para contemplar su mundo. En las concepciones poéticas actuales, acaso eso huelga a anacronía, a desprecio por los problemas del hombre.

Encontramos en *Retorno* un tema eterno de la poesía: el autobiografismo o la tendencia a incurrir en él, del que todos los poetas han dejado muestras, desde el humilde y simpático Berceo —tímidamente, fragmentariamente—, desde el vigoroso Arcipreste —para referirnos a ejemplos castellanos—, pasando por innúmeros poetas, hasta los de todos conocidos Rubén Darío y Antonio Machado. Ejemplos que podrían ilustrar múltiples poetas chilenos: Gabriela Mistral, el Neruda de ayer, etc. Es tópico tal actitud de cualquier vate que en sí mismo se recoja y poetice. Tal es el caso del poema inicial "Novela":

*¡Temprana mi orfandad!... Cuánta ternura,
guardé medroso en contenido cauce,
por donde vuelca signos de amargura,
el pendón melancólico del sauce... (pág. 9).*

Allí nos habla De Castro de su desborde vital —insistente nota de toda su obra—:

*Gusté del vino bajo verde parra,
y cada bodegón fué mi querencia;
levanto aún la rebosante jarra,
orgullo de mi antigua vinolencia (pág. 12).*

O bien de su bonhomía y condición natural, como en un intento etopéyico interesante:

*Triste y alegre y bonachón. Y sabio
a mi manera de entender las cosas;
proclamé una sonrisa en cada labio,
venciendo espinas me colmé de rosas* (pág. 14).

Como al divino Rubén, en Castro "melificó toda acritud el arte":

*Hice del Arte mi pasión primera,
brida imponiendo a tumultoso verbo;
.....
Y cuando ardieron los fragantes leños,
y áurea ceniza sucedió a la llama,
yo levanté mi fábrica de sueños,
y fué la nube mi última proclama* (pág. 16).

El libro está inspirado en su mayor parte por la tristeza vital de De Castro. Si él es un hombre atenaceado por problemas, si se interroga y si se pregunta; si trata de hallar una respuesta en su mismo canto, será sincero; si no lo tortura nada, en cambio —y el único llamado a saberlo es él—, estos versos no habrán sido sino retórica humareda, no habrán brotado de un imperativo profundo e ineludible. Creemos sí adivinar una actitud siempre sincera en el poeta uruguayo. La insistencia temática nos habla muy claramente de la verdad de su acento, como en "Despedida":

*Este lento mirar de despedida,
que doy a toda cosa, ensimismado:
árbol que dejaré, tan levantado,
manantial de corriente distraída.*

*¿Por qué ventana se me irá la vida,
fidelísimo amor, multiplicado?
¿Quién anuncia, con gesto desterrado,
desde andenes de sombra, mi partida?* (pág. 21).

¿No parece Manuel de Castro poeta sincero? ¿No es hombre que para escribir esto ha caminado con su propia muerte?

Otra vez, el tono permanentemente elegíaco se desensombrece y toma otro ritmo, vitalísimo, embriagado de mirar y de apreciar por los sentidos, como en "Canción por María de las Mercedes Lloroso":

*Ven con nosotros, Mercedes,
por las tabernas de Dios;
¡Ay, Mercedes! tú que puedes,
de todo mal, libranós.*

.....
*Suelta, al aire, la melena,
tu rostro déjanos ver;
y un corazón de verbena,
para cada amanecer.*

.....
*Venciendo sombra y paredes,
contigo queremos ir;
¡ay, Mercedes! que concedes,
otro estilo de vivir.*

.....
*¡Ay, Mercedes! ¡Ay, Mercedes!
rojo y claro festival;
no me hospedes, tú que puedes,
sin la copa de cristal.*

.....
*Toca que toca, Mercedes,
sin corcheas ni bemol,
aunque el domingo te quedes,
sin zapatos de charol.*

(Fragmentos, págs. 59-64).

Otro tema de De Castro es el canto a la madre; en Chile tuvimos la voz magistral de Mondaca para ese arpegio; aunque el canto del chileno supera en mucho al uruguayo, el poema es apreciable desde varios aspectos; uno —aunque sea externo—, el del empleo a lo largo de todo el poema de la *concatenación estrófica* insistente. Prueba la tradicionalidad del canto de nuestro poeta. A él no le importa prodigar tal efecto del verso, que aparece ya en obras del poeta hagiográfico Gonzalo de Berceo.

En resolución, tres notas fundamentales orientan el canto de Manuel de Castro: el tono elegíaco propio de un espíritu atormentado y profundo; el desborde vital (p. ej.: "Fiesta vinaria"), angustioso, propio de quien se atenacea en visión de su muerte, y un deseo siempre manifiesto de hallar en su propio eco y en la forma cristalina la sinceridad de su canción. El acento seguro se lo confieren la sencillez con que procede y la íntima verdad de su canto. —*Juan Loveluck.*



"NAUFRAGIO", de *Juan Marín*

Juan Marín, poeta y lobo de mar, teje en frases cortas, sintetizando el estilo, una historia de acre sabor trágico, llena de intrépidas hazañas, impregnada de romances peregrinos que orientan el motivo por senderos nuevos dentro del lenguaje hispano, recorrido y vuelto a recorrer por nuestros modernos escritores. El estilo de Marín crea nuevos derroteros en el género novelesco y como un nuevo Colón se enrumba en el yate de su fantasía creadora por los mares del mundo, esparciendo a los cuatro vientos una canción de amor y de recuerdo, "mientras la proa abre caminos de cristal en el encrespado desierto azul".

La originalidad, tan escasa hoy en todo género de literatura, encuentra en Marín un sabio intérprete, porque en sus narraciones de un sabor romántico y grandemente filosófico, deja entrever y se palpa a simple vista la sabiduría de aquella frase de Virgilio: